

“Un pueblo condenado: el campesinado indígena y la construcción de la nación en *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón”

María Mercedes Ortiz Rodríguez

Universidad del Valle

En *Siervo sin Tierra* (1954) Eduardo Caballero Calderón presenta a través del personaje de Siervo Joya, un campesino boyacense de ascendencia indígena, la problemática de los campesinos sin tierra en Colombia, azotados por las manipulaciones de los políticos y la violencia partidista que asoló al país en la década de los cincuenta del siglo XX. A pesar de que en la novela se critican severamente la estructura social y política colombiana y las desigualdades sobre las que descansa, el personaje principal es excluido de un rol positivo en la construcción de la nación ya que se le describe como indio, poco inteligente, alcoholizado y sin ninguna posibilidad ni en el presente ni en el futuro. La novela se hace así eco de los discursos del racismo pseudocientífico que circularon ampliamente por Colombia y Latinoamérica en la primera mitad del siglo XX, en los cuales se planteaba a indígenas, negros y mestizos como un pueblo enfermo que constituía un estorbo y un factor de atraso para el progreso de la Nación.

La obra transcurre alrededor del año 1946, en los preludios de la llamada Violencia, antes del asesinato del importante líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, y este tema es una constante en la novela, se hace referencia inclusive en ella a la ola de violencia los liberales hacia los conservadores que se dio en los 1930. Se desarrolla en las vegas del río Chicamocha, en los límites entre Santander y Boyacá, que es el mismo lugar donde quedan la población de Tipacoque y la hacienda Tipacoque, posesión ancestral esta última de la familia de Eduardo Caballero Calderón por la rama materna. En efecto, su madre, María del Carmen Calderón Tejada, provenía por los Tejada de una familia que había adquirido en 1580 grandes extensiones de tierra que les habían sido arrebatadas a los muisca durante la colonia por los frailes Agustinos. Nelson Ocampo Osuna ensalza esta ascendencia hispana del renombrado escritor, comentando que “sus padres fueron hidalgos arruinados” y subraya que “Eduardo Caballero no tiene una sola gota de sangre indígena en sus venas” (29).

La lectura del *Diario de Tipacoque*, otra de las obras de Caballero Calderón, nos permite adentrarnos en ese ambiente de descendientes de encomenderos e hidalgos y campesinos de ascendencia indígena, casi-siervos de la familia Calderón Tejada, en el que transcurrió la infancia del escritor, quien nos describe la hacienda con un tono de nostalgia por un mundo irremediadamente perdido. En efecto, como se narra en *Siervo sin tierra*, para los cuarentas la región había sufrido una parcial modernización, gracias a la construcción de la carretera central del norte y a la introducción del tráfico de buses que conectaron a estas tierras antes aisladas con el resto de la nación y con nuevas realidades (134).

Este sistema de la gran hacienda, tan conocido por el escritor, constituye el medio donde se desenvuelve la vida del protagonista de la novela, Siervo Joya, quien encarna la problemática

de los campesinos sin tierra, quienes en calidad de aparceros o arrendatarios tienen que pagar en trabajo el derecho a ocupar una minúscula parcela en los predios de los poderosos hacendados, Ya que esta problemática ha sido común a muchas otras regiones de Colombia y de Latinoamérica, *Siervo sin tierra* alcanza así una dimensión nacional y continental. Este tema central es inseparable en la novela del de La violencia de los cincuenta, el cual sí constituye un fenómeno específico de la historia de Colombia.

El único anhelo de Siervo Joya y de los campesinos que él representa es conseguir la propiedad de la pequeña porción de la tierra que siempre han trabajado y nunca han poseído, cómo dice uno de ellos: “Yo vivo suspirando por una cuarta de tierra desde que me echaron al mundo” (107). Este anhelo guía la vida del personaje, llena de pobreza y desventuras, la cual seguimos a lo largo de la novela, desde el momento en que regresa a su tierra, después de haber cumplido el servicio militar obligatorio en Tunja, hasta el final de la obra, cuando muere sin haber logrado cumplir su sueño. Esta narración progresiva en el presente, se ve interrumpida a veces por visiones retrospectivas del pasado (analepsis o *flash-backs*), que nos llevan a la infancia de Siervo o de otros personajes y a sucesos pasados de la historia de la región.

En la novela se desarrolla una crítica al régimen de hacienda, a la explotación y pobreza que sufren los campesinos, a la política tradicional colombiana, al fanatismo y la violencia y en ese sentido, constituyó una obra valiente y arriesgada en el momento histórico en que fue escrita, y con vigencia en la actualidad ya que podemos reconocer las secuelas que han dejado en el país estas problemáticas. Voy a recorrer brevemente estos aspectos para centrarme en el tema de la representación del campesinado indígena boyacense, la cual quiero analizar en diálogo con los discursos sobre los indígenas y la nación, en boga entre los intelectuales colombianos y latinoamericanos hacia la década de los cuarenta en el siglo XX.

### La hacienda todopoderosa

La hacienda domina la región de las vegas del Chicamocha y la vida de todos sus habitantes en las esferas económicas, sociales, políticas y culturales. Su monopolio del poder se basa en la propiedad de la tierra, propiedad cuya historia se remonta en muchos casos al período colonial cuando los grupos muisca fueron desposeídos de sus tierras por los españoles, el control del agua, y de los productos que los campesinos pueden sembrar. En su ejercicio del poder, los hacendados apelaron por mucho tiempo, cómo recuerdan los campesinos más viejos en la novela, al uso de castigos físicos como el brete (encierro), muñequero (látigo) y cepo (50).

El régimen de hacienda genera una estructura social altamente polarizada entre los que tienen tierra y los que no la tienen, con algunos arrendatarios ricos en el medio como Floro Dueñas, quien siembra tabaco a medias con los patrones y contrata peones a los que explota y oprime de la misma manera en que lo hacen los hacendados. Los hacendados ejercen su poder a través de administradores y mayordomos, quienes se encargan de vigilar y regular la fuerza de trabajo de los campesinos que están al servicio de los patrones para pagar el arrendamiento de sus parcelas.

Los dueños de las haciendas tienen todo el apoyo de parte del poder judicial y militar, lo cual les permite cometer toda clase de iniquidades contra los campesinos quienes están bastante indefensos frente a este poder omnívoro.

### Demagogia, manipulación y clientelismo

Los hacendados están directamente ligados al poder político, y apoyan a uno u otro partido, obligando a los campesinos de sus haciendas a votar por quien ellos les ordenen. Estos últimos son entes totalmente pasivos en este sistema, manipulados por sus patrones y por los políticos de turno, que son presentados en la novela como astutos demagogos. El lenguaje en la obra es bien explícito al respecto: “Por las calles andaban sin rumbo fijo centenares de campesinos que fueron traídos al pueblo en camiones, como bestias de carga, para que asistieran a la concentración política de esa tarde “(103). En esas ocasiones, los campesinos acababan generalmente borrachos, financiados por sus patrones, quienes les pagaban así su colaboración política.

En *Siervo sin tierra* se muestra la triste realidad de campesinos pobres, enfrentados entre sí hasta el punto de matarse por sus afiliaciones políticas, y se develan los intereses de clase que priman en los dos partidos ya que los ricos de ambos no van a favorecer nunca a los pobres. Cómo dice Don Roso, el mayordomo, en respuesta a los rumores de que los liberales iban a repartir las tierras de los patrones: “Crees tú que don Ramírez traería a todos los indios de las haciendas a votar por un comunista que repartiera las tierras ?“(108). Se lleva a cabo también una crítica contra la iglesia, afiliada con el partido conservador, y a los sacerdotes que tronaban desde los pulpitos contra los liberales por “ateos, masones, librepensadores etc.” (110-111)

Siervo Joya, el protagonista de la novela, es presentado como una víctima de este sistema. Un hombre que no tuvo infancia, que tuvo que arañar desde niño al lado de su madre la subsistencia en un pedregal por el cual tenía que pagar arriendo a la hacienda; quien fue humillado y maltratado durante el servicio militar por su origen y quien pagó dos años de prisión por haber dado muerte a un campesino conservador que lo atacó cuando yacía dormido y borracho.

### Un pueblo condenado

Siervo Joya encarna a una masa de campesinos que son llamados indios en la novela y que son descritos como un grupo indiferenciado, caracterizado por la pobreza, la sumisión y la ignorancia: “Todos eran cortados por una misma tijera: tenían los mismos jipas mugrientos a la cabeza, las mismas ruanas piojosas sobre los hombros, los mismos calzones bordados de remiendos... (113). Evidentemente el término indio no constituye aquí un elogio y parece refrendar el estigma colonial de una sociedad dividida en castas. De acuerdo a Rebecca Earle, quien analiza la representación de los indígenas por parte de las elites criollas en Latinoamérica, durante las guerras de Independencia se intentó abolir el término indio, por considerarlo

incompatible con los conceptos republicanos de igualdad, y se remplazo en algunos casos por el de indígena. Sin embargo, estos cambios no duraron más allá de 1830, en Colombia como menciona David Bushnell, se acudió incluso al termino salvaje para hablar de los indios.

En el caso de *Siervo sin tierra*, el uso constante de la palabra indio en la obra para referirse a los campesinos alude evidentemente de alguna manera a su origen histórico, a la vez que los estigmatiza doblemente en términos de clase social y de pertenencia étnica. Si rastreamos el origen del campesinado boyacense, tal como lo hizo Orlando Fals Borda en su momento en su obra pionera, *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucío* (1961), los campesinos en Boyacá provienen en parte de resguardos indígenas que fueron disueltos después de la Independencia o de comunidades con cuyas tierras se formaron las grandes haciendas durante la colonia y cuya población quedó incorporada a las mismas.

En la obra de Caballero Calderón hay pocas alusiones a particularidades culturales específicas que permitan entender la pertenencia étnica de este campesinado, una de ellas es la mención de distintas poblaciones campesinas ubicadas en distintos nichos ecológicos de la región, las cuales poseen distintas costumbres, y reciben diferentes nombres: “los parameros” o cultivadores de papa que solo toman chicha de maíz y usan ruana, los palmareños que viven en una meseta verde y ondulada, ”los aguas blancas, “los ampareños” etc. (74). Esto nos muestra por un breve instante que hay diferencias entre esos campesinos “piojosos y harapientos”, que no todos son lo mismo y que se da el control de distintos pisos térmicos para la producción agrícola, un rasgo fundamental de las sociedades indígenas andinas, los muiscas incluidos. Se mencionan además en la novela otras costumbres como el uso de ayo o coca para mitigar el hambre o el cansancio, generalmente usada por la población indígena, y la creencia en la fuerza mágica y poderosa del páramo.

En la figura de Siervo Joya se examina con más detalle la idiosincrasia de los campesinos, con resultados poco halagüeños, tanto en lo físico como en lo psicológico, y un tanto contradictorios. Tenía unas uñas fuertes y negras como cortezas de cuerno, (10), era desdentado, (21), con pelambre negra y revuelta (69). Se le presenta como lento y poco inteligente, “el oía, comprendía y hablaba muy despacio”, temeroso e inhibido ante los patrones, frente a los cuales no lograba articular sus demandas: “El patrón reía de su manera de hablar de su pronunciación defectuosa, de su torpeza natural y de su planta rústica y pintoresca” (67). No había recibido educación y además era dado a la bebida, agarrando unas borracheras en las que perdía por completo la conciencia.

Siervo es descrito en la obra como un tonto y un ingenuo a quien todo el mundo engaña, de manera que su vida se convierte en un sartal de desgracias. Es un personaje pasivo, con una agencia muy restringida, y al que no se le da prácticamente voz en la obra, ya que lo que sabemos de él y de sus pensamientos y emociones proviene del narrador omnisciente que es la voz dominante en la novela, lo cual la convierte en una obra monológica, en la que no tenemos acceso directo a la variedad de visiones de mundo de los personajes. En este sentido resulta

iluminador comparar esta novela con la obra de Juan Rulfo, quien, por el contrario, les da plena voz a los campesinos y nos permite por lo tanto como lectores adentrarnos en su mundo interior. Los únicos rasgos positivos del protagonista parecen ser su inagotable paciencia y obstinación y su amor por la tierra que constituye toda su vida. Conocía cada roca, cada planta del lugar donde había nacido al cual se sentía indisolublemente ligado: “Yo me arrastré de niño por la vega y conozco unita por una todas sus piedras” (64).

Siervo Joya tiene una aguda conciencia de la desigualdad social en la que ha tenido que vivir y que expresa de una manera que contradice el cuadro de ser tosco y primitivo que se ofrece de él, se refiere así a sus patrones: “Son gente rica. Mucha peonada tienen, mucha... Y tierra, tierra, más tierra... Y uno sin un terrón donde sembrar dos palitos de maíz... (11). A su manera argumenta con inteligencia su derecho a la tierra: “La tierra es primero de Dios, que la amasó con sus manos, en segundo lugar de los patrones, que guardan la escritura en un cajón de su escritorio, pero en tercer lugar no podría ser sino de Siervo que nació en ella y en ella quería morir ...”(68).

Tránsito, la mujer de Siervo, aunque descrita como bizca y cascorva, aparece en la novela como una persona vivaz, consciente de las trampas que el mundo presenta y de los engaños y manipulaciones de los ricos sobre los pobres. Es una mujer trabajadora y recursiva, que busca constantemente maneras de mejorar el muy reducido presupuesto familiar. Caballero Calderón se ocupa de mostrar la situación de las mujeres en esta sociedad rígidamente estratificada, sobre las cuales recae de manera brutal el peso del mundo, ellas son las más oprimidas dentro de los oprimidos, ya que sus maridos pobres y sumisos descargan sobre ellas su rencor contra el mundo, maltratándolas de continuo. Cuando Siervo es encarcelado por el asesinato del campesino conservador, ella debe hacer el doble papel de hombre y mujer, cuidando de los cultivos, los animales domésticos y los hijos y visitando además a su marido en la cárcel. Sin embargo, la obra le concede a Tránsito mayor fuerza y agencia que a Siervo y como lectores obtenemos una impresión más positiva de ella que de su compañero.

La caracterización bastante negativa que ofrece Caballero Calderón del campesinado indígena de Boyacá, es comprensible si la examinamos en diálogo con las ideas reinantes sobre los indígenas en Latinoamérica y Colombia durante los siglos XIX y XX. Como explica Rebeca Earle, las elites criollas que lideraron la Independencia en América Latina, utilizaron las culturas prehispánicas tales como la maya, la azteca y la muisca como un elemento importante en los discursos de definición y construcción de las nuevas naciones. Estas élites veían sin embargo este glorioso pasado indígena como totalmente divorciado de los indígenas vivos, a los que consideraban como razas y culturas degradadas y como un obstáculo para el desarrollo y el progreso de la nación (165).

En el caso de Colombia, los miembros del gobierno enfatizaron a lo largo de todo el siglo XIX, el estado de imbecilidad en que languidecían los indígenas y la necesidad de promover la civilización de las distintas tribus. El geógrafo Agustín Codazzi concluyó en 1850, después de

sus extensos viajes por Colombia, que los indígenas contemporáneos eran incapaces de igualar los logros de sus antepasados y el historiador conservador José Antonio de Plaza planteó que aunque los muiscas habían sido uno de los pueblos más civilizados en el Nuevo Mundo, se habían degenerado tristemente después de la conquista. Evidentemente la figura de Siervo Joya, medio tonto y borracho, evidencia esta supuesta degeneración, la cual se atribuía a diversas causas. Una de ellas y muy importante era la opresión que habían sufrido bajo los españoles, la cual los había reducido a un estado miserable, otra se refería a instituciones instauradas por los propios gobiernos republicanos como el mandamiento, un sistema de trabajo forzado en Guatemala, y finalmente se culpaba también a los propios indígenas por su apego a las tierras colectivas y su oposición a la propiedad privada sobre la tierra que frenaba el desarrollo de un espíritu capitalista (170). Aunque legalmente no había duda de que los indígenas eran ciudadanos, en la práctica se dudaba por completo de su capacidad para actuar como ciudadanos (177)

La pasividad y sumisión de Siervo, su falta de agencia y su fracaso permanente pueden relacionarse en parte con estas ideas sobre la incapacidad de los indios para ejercer la ciudadanía y en parte con el determinismo del medio ambiente propuesto por el naturalismo de un Emile Zola. Esto no quiere decir que los grupos indígenas compartieran estas visiones pesimistas ya que distintos autores como Florencia Mallone, por ejemplo, han mostrado que en México y Guatemala los indígenas desarrollaron su propio nacionalismo y reclamaron su derecho a ser tratados como ciudadanos. Las elites eran sin embargo concluyentes, los indios impedían el desarrollo de verdaderas naciones y constituían un dardo envenenado en el corazón de la república o cómo lo formula en pleno siglo Mario Vargas Llosa en su novela *El hablador* (1987), una mancha en la faz de la nación.

Estas ideas subsistieron en el siglo XX, así, en 1928, Laureano Gómez planteaba que la derrota de los indígenas a manos de los españoles los había vuelto taciturnos, maliciosos y resignados a la miseria y la insignificancia (52), de lo cual es prueba elocuente Siervo Joya cuya máxima aspiración es la de llegar a ser dueño del pedregal en el que nació. Estas ideas reforzadas por el racismo seudocientífico en el que las razas se enlazan con ciertos rasgos de comportamiento socio-cultural, se patentizan en la obra del médico y siquiatra Luis López de Mesa, *Cómo se ha formado la nación colombiana* (1934), en la que plantea que la herencia indígena ha producido en el pueblo latinoamericano la pereza atávica y la melancolía enfermiza, al igual que el robo y la mentira, según analizan Bagley y Lujan (18).

El elemento indígena se constituye así para López de Mesa en un obstáculo para la realización de la nación colombiana y la solución que él encuentra para este problema es la del cruzamiento con las razas superiores, que es lo único que logrará sacar a esta población de su postración cultural y fisiológica” (citado en p.23). Caballero Calderón, si bien no rompe del todo con esos discursos, tampoco se adhiere plenamente a ellos ya que en la novela es evidente que los campesinos trabajan sin parar, mientras que los hacendados y políticos constituyen una clase ociosa y parasita que vive de explotarlos. Sin embargo, en parte por la idiosincrasia que se le

atribuye en la novela, en parte por la fuerza del medio ambiente, Siervo Joya no logra nunca obtener la tierra que anhela, con lo cual la obra cierra las posibilidades de una vida mejor para los campesinos, condenándolos a la pobreza y todas sus secuelas, marginándolos así de una participación activa en la vida de la nación.

#### Bibliografía

Bagley, Bruce Michael y Gabriel Silva Luján. De cómo se ha formado la nación colombiana: una lectura crítica. *Estudios Sociales* 4 (1989): 9-36.

Caballero Calderón, Eduardo. *Siervo sin tierra*. Barcelona; Ediciones Destino, 1967.

--, *Diario de Tipacoque*. Bogotá: Panamericana, 2010.

Earle, Rebecca. *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1939*. Durham: Duke University Press, 2007

Fals Borda, Orlando. *Campesinos de los Andes : estudio sociológico de Saucio*. Colombia : Universidad Nacional de Colombia, 1961

Gómez Castro, Laureano. *Interrogantes sobre el proceso de Colombia*. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá. Bogotá: Editorial Minerva, 1928.

Mallon, Florencia E. *Peasant and nation: the making of postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley: U of California Press, 1995.

Ocampo Ossuna, Nelson. La problemática social del campesinado boyacense reflejada en la obra literaria de Eduardo Caballero Calderón. Tesis. Universidad Social Católica de la Salle, 1977.